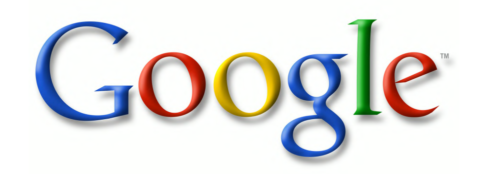
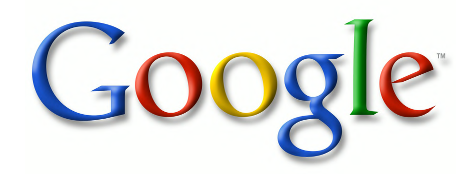
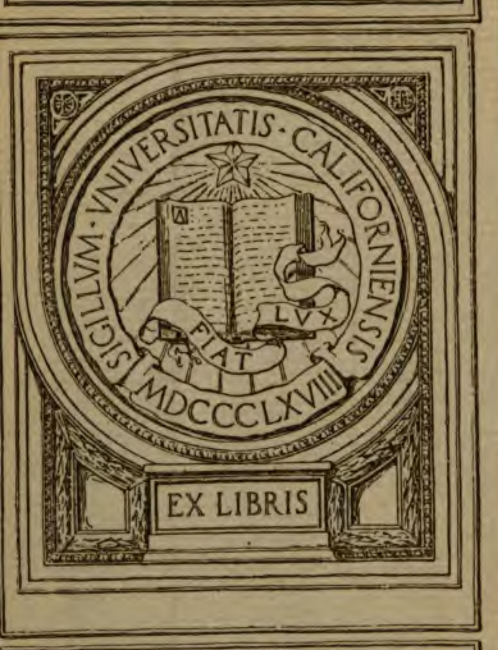

Google


Google


UC-NRLF
$B 76 992


YC 67410


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

JOSÉ RAMOS MARTÍN

MADRECITA

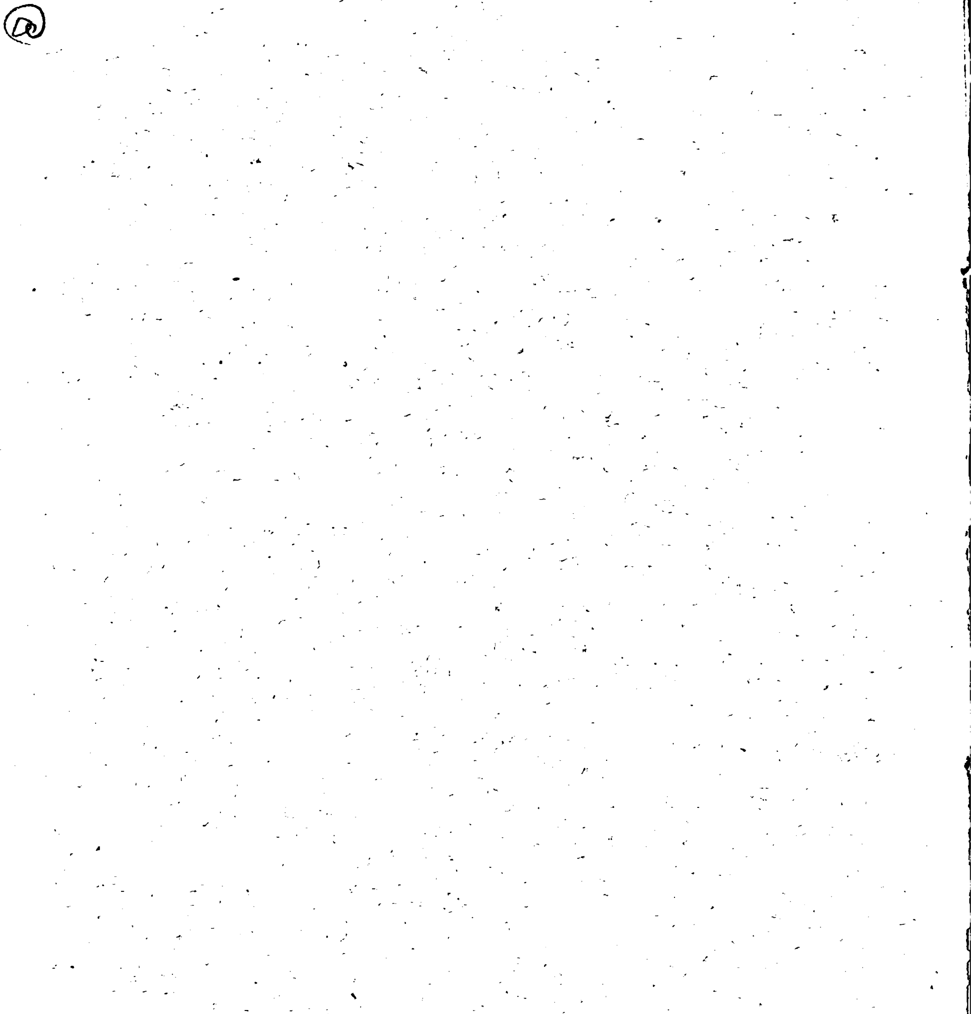
CUADRO DE COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911



MADRECITA

MADRECITA

CUADRO DE COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ RAMOS MARTÍN

Estrenado en el TEATRO LARA el 1.º de Abril de 1911

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551

1911

A mi madre

Esta **Madrecita,** por ser hija mía, es nieta tuya. Seguro de que has de acogerla con cariño de abuela te la dedica tu hijo.



REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESA	Concepción Ruiz.
EL SEÑOR MARIANO	Francisco Palanca.
RAMÓN	Francisco Barraycoa

La acción en un pueblo de Castilla.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

La escena dividida. A la derecha calle, á la izquierda sala blanca. En la calle taberna á la derecha. La sala tiene: ventana grande con reja en primer término que da á la calle, puerta al foro que se supone conduce á otra calle, y puerta á la izquierda, con cortina, que comunica con las habitaciones interiores. Mesa redonda de madera en el centro de la sala, varias sillas y cuna de madera al lado de la puerta. Todo ello muy modesto. Pendiente del techo flexible de luz eléctrica con bombilla apagada. Cómoda grande, y sobre ella una Virgen de porcelana metida en un fanal, y á los lados dos jarroncillos con flores de trapo. Es al anochecer de una tarde del mes de Mayo.

ESCENA PRIMERA

La escena sola. Se oye cantar dentro á TERESA que sale á poco con un niño en brazos

(Cantando dentro.)

Reposa entre mis brazos
callado y quieto;
yo rezando á la Virgen,
velo tu sueño.
Nanita, nana,
duérme, niño chiquito,
hasta mañana.

(Sale por la lateral izquierda.) ¡Gracias á Dios que se ha dormido! ¡Creí que no acababa de coger el sueño!... ¡Ahora á la cunita!... (Acuesta al niño en la cuna.) ¡Ajajá! ¡Cuidadito con despertarse! Parece que todo lo hace el mismo de-

monio; el día que necesito que se duerma pronto, no quiere coger el sueño ni á tres tirones... Y menos mal si no me da más guerra. (Pausa.) Ahora á escribir á Antonio... Digo, ¡si puede ser! (Dirigiéndose al niño.) ¿Me da usted su permiso?... No chista; está bien dormidito... Pues el que calla otorga... Manos á la obra. (Coge de encima de la cómoda, tintero, papel y pluma y lo coloca todo sobre la mesa, enciende la luz y se sienta después á escribir.) Vamos á ver si lleno las cuatro carillas; si no, luego me dice que le estoy perdiendo el cariño. ¡Qué tontos son los hombres!... ¡Como si por escribirle poco le quisiera menos! En fin, le daremos gusto. (Escribe.) «Antonio de mi alma...»

ESCENA II

DICHA y RAMÓN en la calle

Ramón. (Cantando dentro.)

A tu cara las viruelas
han llenado de agujeros,
no me des los besos fuertes
que me lo conocen luego.

(Sale por la calle y se acerca á la reja de la casa.) ¡Hola, Teresita!

Teresa. (Deja de escribir y le contesta sin moverse de su sitio.) Buenas tardes nos dé Dios, Ramón.

Ramón. ¿Sabe usted en lo que venía pensando?...

Teresa. No.

Ramón. Pues en un cantar que saqué anoche, de mi cabeza por supuesto, y que está dedicado á usted.

Teresa. ¿Sí?

Ramón. Sí. Verá lo que dice... Bueno; no la extrañe que la tutee, porque si no la hablo de tú, no pega.

Dime, hermosa Teresita,
lo que tiene tu ventana,
que me voy enfrente de ella
na más salgo de mi casa...

por las tardes. Esto de por las tardes no cabe en el verso, pero no quiero mentir, ni aun en los cantares, y como por las mañanas voy al campo... ¿Qué le parece?

Teresa. Precioso.

Ramón. ¿Verdad que sí?...

Teresa. ¡Ya lo creo!

Ramón. Pues, en premio, salga usted á la ventana, que la voy á decir una cosa.

Teresa. Desde aquí le oigo perfectamente.

Ramón. Acérquese, que es una cosa muy importante.

Teresa. ¡Vaya! (Se acerca á la ventana.) Ya estoy aquí.

Ramón. Así me gustan á mí las mujeres, obedientes

Teresa. Me lo dice, ó me vuelvo á mi sitio.

Ramón. No; verá...

Dime, hermosa Teresita,
lo que tiene tu ventana...

Teresa. Pero, eso ya me lo ha dicho usted antes.

Ramón. Ya lo sé; pero, es, que todavía no me ha contestado qué es lo que tiene su ventana que voy enfrente de ella, na más salgo de mi casa... por las tardes.

Teresa. No es mi reja la que le hace á usted venir, sino la taberna que está enfrente.

Ramón. ¡Pero, Teresita!... ¿Cree usted que me gusta más el vino que su persona?...

Teresa. ¡Muchisimo más!

Ramón. Pues se equivoca. ¡No hay diferencia que digamos entre su cuerpo y uno de esos pellejos!...

Teresa. Déjeme en paz, que tengo mucho que hacer.

Ramón. ¿Me echa usted?...

Teresa. ¿Yo?... ¡Qué tontería!... La calle es libre...

Ramón. Es verdad; y la taberna también.

Teresa. Lo que le digo es, que no tengo ganas de conversación. (Retírase de la reja y vuelve á sentarse donde estaba.)

Ramón. ¿Ve usted?... ¡Y luego querrán que uno no beba!... Me entristece, y tengo que ahogar mis penas con vino... Y eso que deben ser de corcho, porque cuanto más bebo más triste estoy.

Teresa. Eso es desde que se ha casado usted.

Ramón. ¡Vaya!... ¿También usted cree lo que dice todo el pueblo?

Teresa. ¿Qué?...

Ramón. Que mi mujer me pega.

Teresa. Yo no creo nada.

Ramón. Le advierto que es mentira.

Teresa. ¿El qué?...

Ramón. Eso de mi Paquita... Precisamente no hay mujer más buena, mejorando lo presente.

Teresa. Gracias.

Ramón. ¡Si viera usted cuánto me quiere!... Ahora me ha dicho, ¿por qué no te vas un rato á la taberna?... Yo que no y ella que sí... En fin, para no contrariarla, he tenido que venir.

Teresa. ¡Claro!

Ramón. A lo mejor puede ser un antojo, y como está...

Teresa. ¿Sí?

Ramón. Sí, Teresita; en las *avanzadas.*

Teresa. Sea enhorabuena.

Ramón. Gracias. Ya pronto vendrá un Ramoncito ó una Ramoncita.

Teresa. Bueno; me parece que ya hemos hablado bastante.

Ramón. Ya me voy; pero, antes, voy á pedirle á usted un favor.

Teresa. Venga pronto.

Ramón. Pues que diga á todo el que la hable de mí, lo que la he dicho.

Teresa. ¿Qué?...

Ramón. Lo de que mi mujer no me pega... Y puede usted decir además, que yo soy quien maneja el dinero.

Teresa. Diré lo que quiera, pero váyase ya.

Ramón. Adiós, hermosa.

Teresa. Adiós, hombre, adiós. (Ramón se separa de la reja.) ¡Qué pesado es!... Veremos si no me molesta nadie más! (Vuelve á escribir.)

Ramón. ¡Y dicen que uno es borracho! ¿Qué hace un hombre decente cuando no le dan conversación?... Pues, ir á contar sus secretos á la pipa de Monóvar.

ESCENA III

DICHOS y el SEÑOR MARIANO en la calle

Señor Mariano. Hola, Ramón.

Ramón. Hola, señor Mariano. ¿Viene usted de la huerta?

Señor Mariano. De allí vengo; de revisar las faenas. El ojo del amo engorda el caballo. ¿Y tú qué tal vas?

Ramón. Pues desde que me casé, *al pelo.* ¡Ya sabe usted que antes no tenía un céntimo!...

Señor Mariano. Sí.

Ramón. ¡Qué diferencia ahora!... No vaya usted á creerse, porque digo esto, que yo me he casado por el interés. Á mí lo único que me ha llamado la atención ha sido la cara de mi mujer.

Señor Mariano. Sí que es para llamar la atención á cualquiera.

Ramón. ¡Se lo juro á usted por la salud de mi Paca!

Señor Mariano. Basta, hombre, basta. Te creo.

Ramón. Y hablando de otra cosa... ¿Qué tal está su hijo mayor?...

Señor Mariano. Bien... Un día de estos vendrá... ¡Y bien lo estoy deseando!... Desde la muerte de mi santa esposa encuentro un vacío tan grande en mi casa...

Ramón. Lo comprendo.

Señor Mariano. Al ver á mis niños, que tan pequeños se han quedado sin madre, me da una tristeza y siento unas ganas de llorar...

Ramón. Bueno, ¡caray! no se entristezca usted. Según vaya pasando el tiempo se irá usted acostumbrando.

Señor Mariano. Nunca, Ramón, nunca. ¿Cómo he de poderla olvidar?... Y mis hijos, ¡cómo notarán siempre su falta!... Porque, desengáñate, una madre es el todo de una familia. Ella es la que rige la marcha de la casa, y sin su presencia, ni hay calor en el hogar, ni alegría, ni nada.

Ramón. ¡Vaya, vaya; no hay que hablar de eso!... Es necesario animarse, distraerse, beber... ¿Ha probado usted el vinillo de esa taberna?

Señor Mariano. No; ni ganas...

Ramón. Pues hace usted mal. Para olvidar pronto las penas no hay como el vinillo del tío Juan. Si viene uno triste y quiere alegrías, unas copas de Valdepeñas; que sigue usted triste, pues la emprende con el Monóvar; que sigue usted más triste todavía, pues se toma una de blanco de Rueda... y á rodar.

Señor Mariano. ¿Tú sigues tan aficionado al mosto?

Ramón. Ya lo creo. Y ojalá me conserve Dios siempre la afición. En este mundo, lo primero es el vino tinto; lo segundo el vino blanco y lo tercero el vino de cualquier color... Y no hay que darle vueltas, porque se hacen posos.

Señor Mariano. Me han dicho que tu mujer no te deja beber, ¿eh?...

Ramón. (Muy exaltado.) Mentira, eso es mentira, señor Mariano... ¡Mire usted que es triste cosa que todo el pueblo lo ha de decir!

Señor Mariano. Yo digo lo que he oído.

Ramón. Mi Paca es la primera que me da el dinero pa que venga á la taberna... ¿Y sabe usted por qué?...

Señor Mariano. ¡Qué sé yo!

Ramón. Pues porque nunca he abusado. ¿Cuántas veces me ha visto usted salir borracho de ahí?

Señor Mariano. ¿Salir?... Nunca; siempre te llevan entre cuatro á tu casa.

Ramón. ¡Ay, señor Mariano, cada día me alegro más de haberme casado!... ¡Qué escenas de familia hay en mi casa!

Señor Mariano. Me alegro.

Ramón. Como que el hombre necesita de una mujer que le cuide.

Señor Mariano. Es verdad... También me cuidaba mi Eloisa... y ahora...

Ramón. ¿Y por qué no se vuelve usted á casar, si también le ha ido?

Señor Mariano. No andas descaminado, no. Siempre estoy pensando que mi deber es dar á mis hijos una segunda madre. Además; mi hijo el mayor acaba este año la carrera y se vendrá á mi lado; pero seguramente no tardará en casarse, y entonces yo me encontraré más solo.

Ramón. Pues, nada; á seguir mi ejemplo... ¿Ha pensado ya en alguna mujer...?

Señor Mariano. Sí; y creo que no es desacertada mi elección.

Ramón. ¿Es jovèn?

Señor Mariano. Sí.

Ramón. ¿A que es Mercedes? Es muy guapa, tiene unos ojos muy bonitos y una mata de pelo...

Señor Mariano. No es esa.

Ramón. ¿No?... Entonces es la Telesfora... la Damiana... la Gumersinda... la Tadea... la Nicanora... la Canuta... (A cada nombre que dice Ramón, el señor Mariano mueve la cabeza negativamente.)

Señor Mariano. Ninguna de esas.

Ramón. Entonces... ¿quién demonios es?

Señor Mariano. (En voz baja y después de mirar á la reja.) Teresa.

Ramón. ¡Teresita!

Señor Mariano. La misma. ¿No te parece bien?... Es guapa, es honrada, es buena... ¿Qué más puede pedir un hombre?

Ramón. Pedir, nada; pero, ¿sabe usted si ella querrá casarse?

Señor Mariano. ¿Por qué no?

Ramón. Hombre, como está tan loca por su sobrinito, que le cuida como si fuese mismamente su madre, tal vez no quiera.

Señor Mariano. Querrá, querrá. Teresita es la única que puede ocupar el lugar de mi mujer. Te aseguro que si no es con ella, no me caso con ninguna... De que es buena, ya nos ha dado pruebas. Al morir su hermana, ella acogió al niño que se quedaba huérfano y desamparado, y bien puede asegurarse que el chiquillo no ha necesitado de su madre. Muchas noches al retirarme á mi casa, cuando todo el mundo duerme, oigo la voz de Teresa que canta para dormir al pequeño. Es merecedora de mejor suerte.

Ramón. Conformes, pero...

Señor Mariano. Ya verás, ya verás cómo acepta.

Ramón. Pues para celebrar la futura boda vamos á bebernos unas copas á la salud de Teresita.

Señor Mariano. Bueno, hombre; y yo te prometo que el día que me case vas á estar bebiendo hasta que te canses.

Ramón. ¡Quiá!... Ya verá usted cómo no me canso.

Señor Mariano. ¡Lo creo! (Entran en la taberna.)

ESCENA IV

TERESA, sola en la casa

Teresa. (Leyendo.) «¡Si tú supieras lo grande que es mi cariño!... Por nadie ni por nada te cambiaría y espero ser feliz á tu lado. ¿Verdad que tú también me quieres con toda tu alma?... El niño sigue bien. ¡Si vieras qué monísimo está!... Ya empieza á balbucear... Me llama mamá... y yo hay ocasiones en que creo que efectivamente soy su madre. ¡Pobre hermana mía; cómo gozaría si le viese! Al escribirte estas líneas estoy llorando como una tonta. Yo solo te pido que seas para ese niño

como su padre, como el padre que perdió. ¿Verdad que lo serás?... Tu cariño me lo asegura... Adiós, Antonio mío... Espero tu carta con impaciencia. Será tuya siempre tu Teresa.» (Deja de leer.) ¡Ahora el sobre! (Escribe el sobre.) Fernández... Jacometrezo... (Alto.) Siempre me choca este nombre tan raro. (Vuelve á escribir.) Jacometrezo... cincuenta y seis, segundo... Madrid... (Deja de escribir.) ¡Qué bien me ha salido el Madrid! La letra grande la hago mejor que la pequeña. (Al ir á cerrar el sobre se detiene.) ¡Ay!... ¡Ahora me acuerdo!... Si no puedo cerrarla. Se me ha olvidado preguntar á la Juana las señas de su tío, para que Antonio le vea... ¡Y tanto como me lo encargó!... No, pues ahora no dejo al niño solo para ir á preguntárselo... Mañana temprano la veré y añadiré eso á la carta... De todas maneras hay tiempo de echarla al correo. (La deja abierta sobre la mesa y se acerca á la cuna.) ¡Muñequito, se ha portado usted divinamente! Solo falta que continúes así toda la noche. Pero no caerá esa breva, ¿verdad?... ¡Qué hermoso es!... ¡Me dan unas ganas de besarle! Pero no, Teresa, contente, no vaya á coger una perrita si se despierta... (Se sienta junto á la cuna.) Aquí, junto á él... Este es mi puesto, al lado de mi hijo... de mi hijo, sí; no querré más á los míos... si llego á tenerlos... (Quédase pensativa.)

ESCENA V

DICHA, el SEÑOR MARIANO y RAMÓN en la calle

Ramón. ¿Se ha convencido usted ya de que no hay nada mejor que el Valdepeñas?

Señor Mariano. Sí, hombre, sí.

Ramón. Y ahora, ¿dónde va usted?

Señor Mariano. A casa de Teresita. Desde que se murió su hermana, voy todas las tardes.

Ramón. ¿Otra copita antes?...

Señor Mariano. No; ya no quiero más.

Ramón. Vamos á ver, y aunque esté mal preguntado, ¿piensa usted decir hoy algo á Teresa?

Señor Mariano. ¡Quién sabe!... Tal vez... Siempre llevo ese propósito y luego... nunca le digo una palabra. Pero acaso con estas copitas que he tomado...

Ramón. ¡Eso es cobardía!... Pa animarse más debe usted tomar otro par de ellas.

Señor Mariano. ¡No, hombre, no!

Ramón. Pues atrévase usted... y á casarse. ¡Si viera usted las escenas de familia que hay en mi casa, de seguro que se decidía usted... á todo.

Señor Mariano. Sí, decidido estoy; pero...

Ramón. A ello pronto.

Señor Mariano. Adiós, Ramón.

Ramón. Hasta mañana. (Al ver marchar á Mariano le llama.) Espérese usted.

Señor Mariano. ¿Qué quieres?

Ramón. Oiga usted un cantar que he sacao ahora mismo...

Señor Mariano. A ver, hombre.

Ramón.
Si el señor Mariano al fin
se casa con la Teresa,
yo lo voy á celebrar...
cogiendo una borrachera.

Señor Mariano. Tú todo lo celebras así.

Ramón. ¿Le gusta la copla?...

Señor Mariano. ¡Muchísimo!

Ramón. Pega bien, ¿verdad?...

Señor Mariano. ¡Ya lo creo que pega!...

Ramón. ¿Quiere usted que se la ponga en un papel?

Señor Mariano. No, gracias; la recordaré siempre.

Ramón. Pues hasta mañana.

Señor Mariano. Adios... (Vase muy despacio por la derecha.)

Ramón. Está dudando si entrar. Este no se atreve. (Pausa.) ¿Y adónde voy ahora? (Pausa.) ¿Y adónde voy ahora? (Pausa.) ¿Y adónde voy ahora? (Entra muy decidido en la taberna.)

ESCENA VI

TERESA; á poco el SEÑOR MARIANO, en la casa

Teresa. (Que se ha quedado un poco soñolienta, se levanta al oir llamar á la puerta del foro.) ¿Quién será?... (La abre y entra Mariano.) ¡Ah! ¿es usted?... Pase, pase.

Señor Mariano. Hola, Teresita; ¿cómo estás?

Teresa. Bien; ¿y usted?

Señor Mariano. Bien; ¿y el niño?

Teresa. ¡Asómbrese usted... ya se ha dormido!

Señor Mariano. ¡Caramba! ¿y cómo es eso?

Teresa. Por un milagro; porque otros días, aunque le esté arrullando dos horas, no coge el sueño.

Señor Mariano. ¿Sabes por qué? (Se sienta al lado de la mesa.)

Teresa. No. (Se sienta frente á Mariano.)

Señor Mariano. Pues... porque cantas tan bien, que al chiquillo le gusta oirte.

Teresa. ¡Ah! ¿sí? Buena cosa he averiguado... Desde mañana se dormirá sin música, porque yo no vuélvo á darle más serenata. Y á otra cosa... ¿Cómo ha venido usted hoy tan tarde?

Señor Mariano. Porque me entretuvo Ramón cuando yo volvía de la viña.

Teresa. ¿Qué tal se presenta este año la cosecha?...

Señor Mariano. Muy bien. Si no viene á última hora algún pedrisco y lo estropea todo, tendremos un buen año.

Teresa. ¡Ay, falta hace! Llevamos una temporada malísima. Cuando no hay sequía, llueve demasiado.

Señor Mariano. ¿A quién tienes arrendadas tus tierras?...

Teresa. A Paco, el hermano de la Piñona; pero es lo mismo que si no las tuviese, porque no me paga...

Señor Mariano. ¿Cómo es eso?...

Teresa. Las dos veces que le he pedido el dinero me ha contestado lo mismo: que tiene muchos hijos, que la cosecha ha sido mala, que su mujer está enferma... ¡qué sé yo!... Ya le he dejado por imposible... ¡Que me pague cuando pueda ó... cuando quiera!...

Señor Mariano. Haces mal en ser tan buena... Verás como no te da ni un céntimo.

Teresa. ¿Y qué voy á hacerle? Si no paga porque no tiene. (Pausa larga.)

Señor Mariano. A ti lo que te hacía falta era un hombre que velase por tu hacienda.

Teresa. Es verdad... Sola en el mundo y sin más familia que ese niño... (Pausa. El señor Mariano va á hablar y no se decide.)

Señor Mariano. (De pronto.) ¿Por qué no te casas?

Teresa. ¡Qué locura!... ¡Quién piensa en eso!... Ade-

más, el que quiera ser mi esposo, tiene que jurarme querer á esa criatura como á un hijo.

Señor Mariano. Es muy justo ese deseo; pero de seguro no faltará quien quiera casarse contigo. Reunes todas las condiciones para hacer feliz á cualquiera.

Teresa. (Con vehemencia.) ¿Lo cree usted así?

Señor Mariano. ¡Qué duda cabe!...

Teresa. ¿Y no pensará usted nunca de otro modo?

Señor Mariano. ¡No! ¿Por qué me lo preguntas?...

Teresa. Por nada. (Procurando cambiar rápidamente de conversación.) Mañana voy á enviarle á usted unas tortas riquísimas que me ha mandado mi tía Baldomera...

Señor Mariano. Sí que las hace buenas.

Teresa. La pobre me quiere mucho.

Señor Mariano. Sí; y su hijo también te quiere.

Teresa. ¿Quién, Manolito?

Señor Mariano. Sí.

Teresa. ¡Pobrecillo!... Es su madre la que le anima, pero no nos gustamos ni el uno ni el otro.

Señor Mariano. Comprendo que él no te guste á ti; pero es increíble que no le gustes tú á él. Con seguridad que es al único del pueblo.

Teresa. ¡Vaya!... ¿Quiere usted reirse de mí?...

Señor Mariano. No. Te hablo en serio.

Teresa. (Cambiando de conversación.) ¿Y los niños de usted?

Señor Mariano. Bien; tan revoltosos... Todo lo ponen patas arriba. Cada día me convenzo más de la falta que me está haciendo una mujer que sustituya á la mía y que cuide de ellos.

Teresa. ¿Acaso piensa usted darles una madrastra?...

Señor Mariano. ¡No!... Una segunda madre que sea para ellos... lo que eres tú para ese niño. Lo malo es que... es tan difícil encontrarla...

Teresa. ¿Difícil?... ¿Qué hubiera hecho otra en mi lugar?... Este angelito se quedó solo en el mundo; mi deber era ampararle, velar por él para que no echase de menos á su madre. Lo que hago es lo más nátural.

Señor Mariano. ¡Menuda boda hizo tu pob:e hermana!...

Teresa. ¿Le pareció á usted mala?... Yo la encuentré excelente. Quería con toda su alma á Joaquín. El no veía más que por los ojos de ella, y ella por los de él.

Más que cariño lo que se tenían era adoración. Cuando él estuvo á la muerte y quedó luego tan enfermo, Consuelo no vaciló en ser su mujer. Le había jurado que sería suya, y hubiera sido una infame al abandonarle.

Señor Mariano. Pero, ¿qué pasó?... Joaquín se murió á los tres meses de su boda y tu hermana enfermó de pena, y murió al dar á luz á ese niño.

Teresa. ¡Dios lo quiso así; paciencia!...

Señor Mariano. Fué un sacrificio inútil.

Teresa. Inútil, no. ¿Quién sino ella endulzó las últimas horas de su marido?... Consuelo le cuidaba con un amor de madre. La prueba de lo que le quería es que no tardó mucho en ir á reunirse con él.

Señor Mariano. ¡Ay, si yo encontrase una mujer como tú!... Porque yo, Teresita, no tendré más remedio que volverme á casar. Eloisa me dijo antes de morir: «Mariano: procura que nade falte á nuestros hijos. Si crees necesario darles otra madre, no vaciles en buscarla».

Teresa. ¡Y tenía razón!

Señor Mariano. Por eso, yo seguiré sus consejos... Yo me encontraré dentro de poco más solo aún; porque mi hijo, cuando vuelva, querrá casarse, y yo... no se lo impediré.

Teresa. (Con mal disimulada alegría.) ¿De veras?

Señor Mariano. Es natural. Y calcula tú, si yo me muriese, cómo quedarían mis hijos. Por eso quiero casarme... Yo, bien lo sabe Dios, no busco una mujer para mí; busco una madre para mis pequeños.

Teresa. Pues verá usted como fácilmente encuentra una buena esposa.

Señor Mariano. Fácilmente, no.

Teresa. ¿Y por qué?

Señor Mariano. Tienes que ver que ya casi soy viejo.

Teresa. Precisamente por eso usted tiene más experiencia de la vida que cualquier otro.

Señor Mariano. ¿Eso crees tú?

Teresa. Sí... Y luego como usted es rico...

Señor Mariano. Mira, esa es otra de las cosas que me preocupan. Quizás no se quiera casar conmigo por el temor de que la gente la juzgue interesada.

Teresa. ¡Si ella le quiere, valiente cosa la importarán las habladurías de los envidiosos!...

Señor Mariano. (Muy animado.) Me estás animando á que me declare á la mujer en quien he puesto los ojos.

Teresa. ¡Ah! ¿Ya tiene pensada su pareja?

Señor Mariano. Sin dudar un momento.

Teresa. ¿Y quién es?

Señor Mariano. (Después de un instante de vacilación.) Eso... ya lo sabrás.

Teresa. Me invitará usted á la boda, ¿eh?...

Señor Mariano. (Con pasión.) Tú irás la primera, cogida de mi brazo.

Teresa. Se va á incomodar la novia. (Mariano se queda abatido. Pausa.) Se ha quedado usted callado; ¿en qué piensa?

Señor Mariano. En nada...

Teresa. En algo es, porque de repente, se ha puesto usted triste... ¿Es que le ha ofendido lo que le he dicho?...

Señor Mariano. No, Teresita, no... Tú no puedes ofenderme.

Teresa. Entonces...

Señor Mariano. Es que temo que al decírselo como te lo estoy diciendo á ti, no me comprenda.

Teresa. ¿Por qué?

Señor Mariano. Porque no me sepa explicar yo bien; porque no me entienda; porque no quiera entenderme.

Teresa. Si le quiere, le entenderá.

Señor Mariano. Dudo siempre.

Teresa. Háblela al corazón; ponga en sus palabras el mayor fuego; ofrézcale un porvenir de paz y de ventura, y de seguro aceptará.

Señor Mariano. ¿Y si no acepta?

Teresa. Entonces... paciencia... Pero yo creo que le dirá que sí. Usted no es un partido despreciable.

Señor Mariano. Pero... ¿y si al hablarla no quiere comprenderme? (Vacilante.)

Teresa. Dígaselo claro; nada de rodeos. En estas cosas, lo mejor es la franqueza.

Señor Mariano. Es que no sabré decírselo de otro modo que como te lo estoy diciendo á ti.

Teresa. Pues yo si le entiendo.

Señor Mariano. (Con alegría.) ¿Sí?...

Teresa. Ya lo creo.

Señor Mariano. ¿Y qué sacas en limpio de todo lo que te he dicho?

Teresa. Que quiere usted casarse pronto con una mujer buena y honrada.

Señor Mariano. ¿Y... no te figuras quién pueda ser?

Teresa. ¡Qué sé yo!... ¡Hay tantas!... Con seguridad que es alguna mujer de cierta edad... ¡Por lo menos, yo creo que es lo que le conviene.

Señor Mariano. (Desconsolado.) ¿Sí?

Teresa. Desde luego. (El señor Mariano vuelve á quedar abatido.) ¡Ya vuelve usted á la tristeza!... ¡Si se amilana no conseguirá nada!

Señor Mariano. ¡Ay, Teresita!... Es que cada vez me convenzo más de que lo que pretendo es irrealizable.

Teresa. ¡Hombre, no sea usted así!... Abrame su pecho. La que usted quiere, ¿es joven?...

Señor Mariano. (Después de mirarla.) Como tú...

Teresa. ¿Alta?...

Señor Mariano. De tu estatura...

Teresa. ¿Rubia ó morena?

Señor Mariano. Trigueña.

Teresa. Y... ¿cómo se llama?... Ya es lo único que falta saber.

Señor Mariano. Pues... se llama... (Después de dudar un momento.) ¡Teresa!...

Teresa. ¿Eh? (Levantándose.)

Señor Mariano. Sí... ¡Teresa!

Teresa. (¡Jesús!)

Señor Mariano. (Con pasión.) Sí, Teresita, sí. La que que yo quiero que sea madre de mis hijos, que ponga en orden mi casa, que me consuele cuando esté triste y que llegue á quererme á fuerza de quererla... eres tú... tú sola... ¿Cómo no lo comprendiste antes? (Se levanta.)

Teresa. (¡Ay, Dios mío!)

Señor Mariano. ¿Callas?... Yo te quiero con toda mi alma, te ofrezco mi hacienda y mi cariño; ¿los aceptas?... Responde... ¿Me quieres?... (Acercándose á ella.)

Teresa. Déjeme usted, señor Mariano, déjeme usted. (Vase llorando por la lateral izquierda.

ESCENA VII

El SEÑOR MARIANO solo en la casa

¡Pobrecilla!... Es natural... no esperaba esto... De seguro no lo esperaba... Le ha sorprendido... Acaso no he debido decírselo... (Pausa.) ¿Me querrá?... Yo creo que sí; pero si me quiere, ¿por qué llora?... Tal vez no se ha atrevido á contestarme tan pronto... Lo pensará... y después... ¿qué me dirá después, Dios mío? ¿Quién sabe?... Acaso reflexione... (Reparando en la carta.) ¡Una carta dirigida á Antonio! (La coge.) ¡Letra de Teresa!... ¿Por qué escribe Teresa á mi hijo?... Cuando tiene algo que decirle, me encarga de que yo se lo diga... Y está todavía sin cerrar... (Indeciso.) ¿Debo leerla?... ¿Y por qué no si es para mi hijo?... (Resueltamente la abre y lee.) «Antonio de mi alma.» (Alto.) ¡De su alma! (Lee para sí, demostrando la sorpresa dolorosa que le va causando lo que lee. De pronto sigue leyendo, pero ya en voz alta.) «Tu carta me ha producido alegría y tristeza. Alegría, porque me dices que volverás pronto á mi lado; tristeza, porque temes que tu padre no consienta que nos casemos... ¿Y por qué no ha de consentirlo? ¿Supones que no me creerá digna de ser tu mujer y de llamarme su hija? Desde que murió mi hermana, viene todos los días á verme, me demuestra cariño, estoy segura de que me aprecia mucho, acaso más de lo que merezco, y á ti te quiere con toda su alma. Pobre soy, pero tu padre no es interesado... ¿Por qué ha de oponerse á que seamos felices?...» (Deja de leer. Pausa. Con amargura.) Cierto; ¿por qué he de oponerme á que sean felices?... (Deja la carta sobre la mesa.) ¡Teresa!

ESCENA VIII

DICHO y TERESA en la casa

Teresa. (Humildemente.) ¿Todavía está usted aquí?

Señor Mariano. (Con sequedad.) Es verdad. Después de lo que ha pasado, debía haberme ido para no volver más.

Teresa. Eso no, ¿por qué?... Yo le querré á usted como le he querido siempre.

Señor Mariano. Por eso, porque sé que me quieres no he de marcharme sin darte una noticia muy grata para mí, que te he ocultado y que debo comunicarte.

Teresa. ¿Cuál?...

Señor Mariano. Lo he pensado mejor. La mujer que yo necesito en mi casa, la que cuide de mis pequeños y me acompañe en mi vejez, puede muy bien no ser mi esposa, si no la de mi hijo Antonio... En el pueblo hay una... ¡No sé cómo antes no he pensado en ella!... Mi hijo me quiere mucho y hará lo que yo le ordene. Con ella se casará... Con ella, aunque no la quiera.

Teresa. Y... ¿quién es?... (Con duda angustiosa.)

Señor Mariano. ¿Quién ha de ser?... La que ha escrito esta carta que he encontrado aquí. (Coge la carta y se la da.)

Teresa. ¡Ah, señor Mariano! (Llorando de alegría.)

Señor Mariano. Sí, Teresa...

(En este momento sale de la taberna Ramón, completamense borracho. Cogida por una manga lleva á rastras la chaqueta que antes sacaba sobre el hombro. Tambaleándose llega hasta el fin de la calle y dobla la esquina antes de que el señor Mariano aparezca en la calle.)

Teresa. ¡Me parece un sueño! Gracias, gracias. (Le besa las manos.)

Señor Mariano. Quería ser el padre de ese niño... Seré el abuelo. (Muy rápido hasta el final de la escena.)

Teresa. ¡Qué bueno es usted!

Señor Mariano. No me quisiste para marido; tendrás que quererme para padre.

Teresa. Sí... ¡con toda el alma!...

Señor Mariano. Conserva esa carta, á la que debes tu felicidad, y escribe... escribe otra diciéndole á mi hijo que le esperamos, y que venga pronto... Adiós...

Teresa. No encuentro palabras para demostrarle á usted mi agradecimiento y mi cariño...

Señor Mariano. (Conmovido.) Adiós, adiós.

Teresa. Hasta mañana.

Señor Mariano. Adiós, hija mía. (Vase muy emocionado por la puerta del foro.)

Teresa. Gracias, Dios mío. (Reparando en el niño.) ¡Ah! Se ha despertado... Duerme, hijo mío, duerme. (Coge al niño y se va con él por la puerta de la derecha.)

ESCENA ULTIMA

El SEÑOR MARIANO, sale por la calle enjugándose los ojos con un pañuelo y mientras se oye cantar á Teresa la «nana» con que empieza la obra dice lo siguiente:

Señor Mariano. Canta para dormir al niño. Eloisa, santa mujer , esposa querida; si desde allá arriba veis lo que pasa aquí, verás que si no hallé una madre para nuestros hijos, encontré una hermana que será su *madrecita.* (Arroja un beso á la reja de Teresa y vase por la derecha. Telón rápido.)

FIN DEL CUADRO DE COMEDIA

NOTAS

El niño debe estar envuelto en una toquilla larga y representar la corpulencia de una criatura de poco más de un año.

—

La *nana* de esta obra fué cantada por la joven y distinguida actriz Srta. Monero, á la que el autor queda muy agradecido.

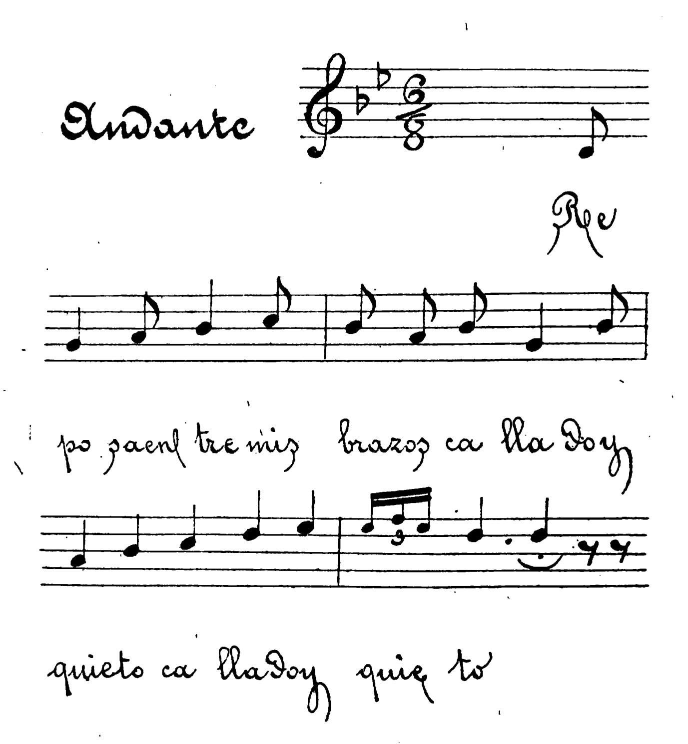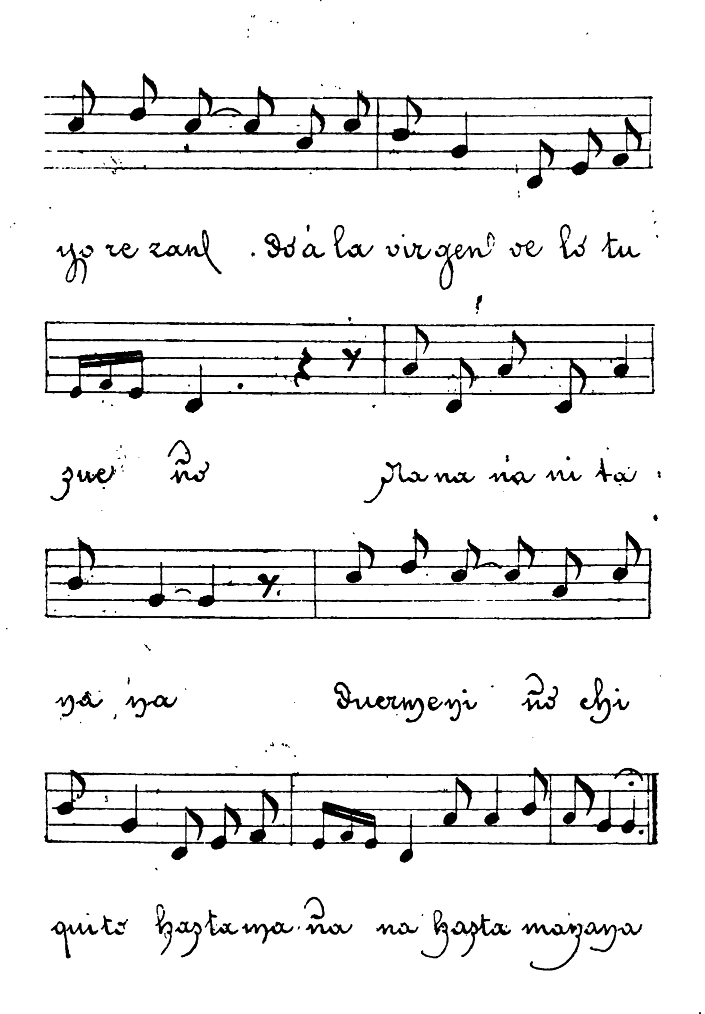
—

Las empresas que pongan en escena este cuadro de comedia, abonarán por derechos de representación, los correspondientes á la mitad de una obra en un acto.

NANA

por

José M. Ballesteros




yo re zan . Do á la virgen ve lo tu
zue ño
Ra na na ni ta
na na
Duermeti ño chi
quito hasta ma ña na hasta mañana


LEY LIBRARIES